



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

Carta Pastoral en la Jornada del Enfermo. Pascua 2008

LA ESPERANZA CRISTIANA ANTE LA MUERTE

Queridos diocesanos:

En esta Jornada del Enfermo me pongo en comunicación con vosotros para ofreceros una sencilla reflexión desde la fe que os acompañe en los itinerarios del dolor, sobre todo ante la muerte. “La preocupación por el hombre impulsa al Obispo a imitar a Jesús, el auténtico, buen Samaritano, lleno de compasión y misericordia, que cuida del hombre sin discriminación alguna. El cuidado de la salud ocupa un lugar relevante entre los desafíos actuales. Por desgracia hay todavía muchas formas de enfermedad en las diversas partes del mundo y, aunque la ciencia humana progrese de manera exponencial en la investigación de nuevas soluciones o ayudas para afrontarlas mejor, siempre aparecen nuevas situaciones que socavan la salud física y psíquica”¹.

La esperanza cristiana ante la muerte

“**Abiertos a la esperanza**”, en el duelo es el lema de esta Jornada. “El dolor por la pérdida de un ser querido constituye un espacio personal y único que cada persona vive a su manera, aunque se produzcan reacciones comunes y sea, en todo caso, una experiencia global, que afecta a la persona en su totalidad: en sus aspectos físicos, psicológicos, emotivos, sociales y espirituales. El proceso de elaboración de dicha pérdida reclama una particular atención a la persona, para que sea vivido responsablemente, en clave de prevención de situaciones patológicas, en apertura a la ayuda que podemos prestar unos a otros con un adecuado acompañamiento, abiertos siempre al bien que la Gracia produce en nuestros corazones, si dejamos que ésta se derrame abundantemente (Rm 5,5)”².

Sin duda son aleccionadoras y alientan nuestra esperanza las palabras de san Francisco de Asís en la Canto de las Criaturas: “¡Felices los que sufren en paz con el dolor, porque les llega el tiempo de la consolación! Lado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal de la cual ningún hombre viviente puede escapar... Bienaventurados aquellos a quienes encontrará en tu santísima voluntad pues la muerte segunda no les hará mal”. En la encrucijada de nuestro dolor no podemos perder de vista el horizonte de la bondad y misericordia de Dios que nos acompañan todos los días de nuestra vida con la confianza de que habitaremos en la casa del Señor por años sin término. Somos como un barco que ha sido construido para surcar los mares con todos los riesgos que esto

¹ *Pastores gregis*, nº 71.

² *Mensaje de los obispos para la campaña del enfermo 2008*, nº 3.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

conlleva. Y así, Dios nos has creado para realizar la travesía de nuestra existencia hasta llegar al puerto de la vida eterna donde siempre nos espera, viviendo a veces la impresión de que en los últimos tramos nos hundimos en el agua de nuestros proyectos no realizados y afanes desasosegados. A veces la enfermedad nos da la impresión de dejarnos en el dique seco donde buscamos a Dios sin darnos cuenta de que El ya nos ha encontrado.

En el camino de Emaús

Como con los discípulos de Emaús, el Señor resucitado hace la peregrinación con nosotros y nos recuerda: “¿No era necesario que Cristo padeciese todo esto para entrar en la gloria? (Lc 24,26). Fue una catequesis que hemos de recordar frecuentemente, sobre los tramos dolorosos de nuestro caminar. El sufrimiento no es signo de lejanía de Dios ni de indignidad del hombre, sino instrumento de salvación. Jesús ha venido a dar sentido al sufrimiento con la realidad de su cruz y desde entonces “todo el sufrimiento que hay en el mundo no es el sufrimiento de la agonía, sino el dolor del parto” como escribía Paul Claudel. Esta es la fortalecedora verdad que el Resucitado explica a Cleofás y al otro discípulo de nombre desconocido, poniendo la luz del amor y el vigor de la vida allí donde reinaba el funesto poder de las sombras del egoísmo y del dolor de la muerte. Este discípulo de nombre desconocido puede llamarse como cada uno de nosotros. Interpretar el dolor desde esta clave nos hace ver esta realidad con los ojos del corazón que siempre nos reafirma en la misericordia. “La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre -de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos- llama su infeliz destino. La cruz es como un toque de amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre, es el cumplimiento hasta el final del programa mesiánico que Cristo formuló una vez en la sinagoga de Nazaret y repitió más tarde ante los enviados de Juan el Bautista”³. Caminar en el sufrimiento teniendo como horizonte el resplandor de la cruz del Señor hace que la sombra del dolor físico o moral quede aminorada.

El sufrimiento desde Cristo

Cristo no vino a erradicar los sufrimientos pues El mismo sufrió, diciéndonos que son “bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados” (Mt 5,5); tampoco impidió las lágrimas aunque enjugó algunas en el encuentro con las personas afectadas por el dolor: “Al ver a la viuda de Naín el Señor tuvo compasión de ella, y le dijo: No llores” (Lc 7,13) y en la casa de Jairo donde todos lloraban y se lamentaban por la muerte de su hija: “El les dijo: No lloréis, no ha muerto; está dormida” (Lc 8,52). Es el signo del gozo que unirá a Dios y a sus hijos el día en que “enjugará toda lágrima de nuestros ojos y no habrá ya muerte ni llanto ni gritos ni fatiga, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap 21,4).

³ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, nº 8.



El Arzobispo
de Santiago de Compostela

El sufrimiento ha de ser una bienaventuranza que nos disponga a dar razón del amor de Dios en nosotros y nos permita “revelar sus obras” (Jn 9, 3). Así recordamos cómo al conocer Jesús la enfermedad de su amigo Lázaro, dijo: “Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella” (Jn 11,4).

Tengamos muy presentes en nuestra oración con todo agradecimiento y afecto a las personas que acompañan y sirven de una u otra forma a los enfermos curando sus dolencias físicas y espirituales, y a los que sin esperanza lloran ante la muerte. A la intercesión de María, salud de los enfermos y consuelo de los afligidos, los encomendamos para que se vean confortados en estos momentos nunca fáciles y los vivan con serenidad confiada.

Os saluda con afecto y bendice en el Señor,

+Julián Barrio Barrio,
Arzobispo de Santiago de Compostela